

# Parte 4

Fue un año de muertes y nacimientos. A nadie le hubiera llamado la atención que la que dejara este mundo fuera la abuela Killa, porque ya tenía quién sabe cuántos soles y lunas sobre su piel. Pero ella seguía en pie y ocupada. Tejía mantas de colores y abrigos para la familia, cuidaba los yuyos para la medicina, conversaba y daba consejos, envuelta en el humo de su cigarro. Pero los que abandonaron el espacio sobre la tierra fueron Kallpa y su esposa Alba, en tan solo dos meses de diferencia. El lugar se llenó de hijos y nietos. Dionisio empezó el luto a puro silencio, Laurinda no lograba entender lo que sucedía y Nicasia estaba desolada, parecía que su cuerpo iba a desinflarse de tanta agua perdida por los ojos. Ashua sentía un poco de lástima por ella, no por lo que sufría sino por lo que había engordado; parecía una luna llena. Claro, la comparaba con el momento que la conoció y se enamoró de ella; su imagen era de esas tardes en el río, pero los años habían pasado. Para él también y si bien no tenía panza, su pelo azabache empezaba a tener unas pinceladas plateadas. Sus pensamientos no se detenían en la muerte presente sino en la vida. Recordaba momentos vividos con Nicasia y su amor no correspondido, no lo hacía con tristeza sino con un aire de nostalgia. No podía sentir ese dolor vivido y al recorrer esos momentos, nacía en su interior cierta sensación de satisfacción: amé y sufrí mucho, pero viví esas cosas con todo el corazón y aún ahora sufro mucho, pero siempre ando con el amor rondándome. Estoy vivo, reflexionaba. Lo mismo le pasaba con Celeste, aunque con ella la cosa había sido distinta: Santiago. Pero lo que hace al sentimiento al verla como mujer, el fuego ya se había extinguido y las cenizas no tenían aquel aroma a lavanda. Y no anduvo en la búsqueda de otras mujeres, aunque una lo encontró a él. Claro que con Rosaura no soñaba con hijos ni con una familia, pero ella le arrancaba sensaciones que no sabía que existían dentro de su ser. Ojos verdes, pelo hasta la cintura, piel y carnes firmes, a pesar de su edad y de haber parido cuatro hijos. Fue en una fiesta donde se juntaron varias familias que al calor del vino, la cerveza y el aguardiente y al ritmo de la chacarera, él vio entre el gentío como ella lo observaba. Luego sintió su voz, entrecruzaron dos palabras y una noche cercana y sin luna, acarició su cintura. Y así empezaron a encontrarse y él a internarse en un mundo de sexo que jamás había imaginado. Hablaban poco y él se sumergía en ese río que era Rosaura: a veces un manto que envolvía y adormecía y otras una tormenta que lo arrastraba hasta tirarlo seco a la orilla de la vida. Algo hermoso, hasta que un día ella le llevó la mano en la panza y le dijo:

—Acá está tu hijo.

Se quedó sin habla, hasta que atinó a preguntar.

—¿Cómo sabes? Lo más seguro es que sea de tu esposo.

Ella lo acarició con una sonrisa.

—Las mujeres sabemos de esto y no nos equivocamos.

A los seis meses nació Tonito. En ese tiempo dejaron de verse hasta que un día se apareció con el crío en el campo. Ashua sintió un temblor en su cuerpo. Ella se sentó a tomar mate con Luna y con Waylla a la que le pidió que le tejiera una manta para su hijo. A la hora de marcharse Ashua la acompañó hasta la entrada del campo. Iban en silencio y él miraba de reojo al niño y lo único que le encontraba parecido era esa nariz chata, igual a la de él, pero después...

Antes de perderse por el camino ella le dijo.

—Mi marido está muy feliz con Tonito.

Le acarició los labios con los dedos y se marchó.

Sabía que la duda lo acompañaría toda la vida, pero la dejó estar hasta que se acostumbró a vivir con ella. Rosaura nunca le reclamó nada y él nunca atinó a hacerse cargo de su paternidad.

Pero más fuerte que eso fue para Ashua el nacimiento de su nieto. No se lo esperaba, dada la juventud de su hijo, pero un día, así de golpe, en el bar, después de conversar sobre varios temas, Santiago le dijo que iba a ser papá y le contó de la madre y que por ahora no irían a vivir juntos, pero que... Ashua no escuchó más, porque su mente se dibujaba la sonrisa de su primer nieto y ya lo veía corretear por el campo.

Así la vida, con sus muertes, amores y nacimientos.

Algunas familias se habían marchado y otras se incorporaban, algunos amores se habían esfumado y otros nacían, algunas cosechas se habían levantado y nuevas semillas se esparcían sobre la tierra roturada. Así rodaba la vida. Los únicos suspendidos en el tiempo eran la abuela Killa e Illari, que junto a Waylla y el Gringo, formaban lo ancestral de esa gran familia esparcida por esas tierras. Carmen, ayudada por su hija Violeta, se dedicó de lleno a cuidar a su marido. Nicasio había contraído una enfermedad que lo hacía temblar todo y necesitaba de unos medicamentos muy caros que conseguía a menor precio en la ciudad, gracias a un contacto que vino de la mano de Celeste. La medicina de la abuela Killa, ayudaba, pero no podía con los ataques que el pobre hombre solía padecer. Luna, Ashua y Faustino, junto a Dalmiro y Nicasia, que habían vuelto para instalarse con sus hijas Nicolaza y María y sus dos nietitos, Pelo y Malba,

debían organizar el trabajo del pequeño clan y todos, unidos a las otras familias, prepararse para hacer pie ante el zarandeo que les traía esa década. Por eso, ese año los más jóvenes participaron de la peregrinación al *Señor de Mailín*. Caminaron cuatro días, compartieron ampollas, sed y esperanzas, y se entremezclaron con campesinos de otros lugares entre los cuales se encontraba Don Sixto Quezada, que se acercó a ofrecer un mate, a conversar y a insistir sobre la necesidad de organizarse.

*Síganme, no los voy a defraudar*, Yana quedó obnubilado con el Hombre Patillas, Hombre Lagarto o, muchos años después, el Innombrable. Parecía ser tan campechano como él, tan pícaro y tan místico como no había conocido a ningún líder hasta ese momento. Tuvo la oportunidad de escucharlo en una reunión y después, a solas, fue convencido para trabajar en su territorio su candidatura a la presidencia. Regresó a su casa decidido a tener una larga conversación con Javier.

—¿No te alcanza la plata? Meta, te pago más.

—No es una cuestión de dinero, usted me enseñó que en la vida no todo es la plata; necesito aplicar en la política lo que aprendí en todos estos años, quiero aprovechar todo eso para volcarlo en beneficio de la gente de los barrios y del campo.

—Ya estás bastante grande para meterte de lleno en el ajetreo de la política. Una cosa es ir a un barrio o charlar con los peones y otra muy distinta... Además necesito que te encargues de lleno en el asunto de unas tierras.

—Tengo salud y ganas, además los años me dieron la experiencia del trabajo directo con la gente y conozco más que nadie sus necesidades. Sería un desperdicio desaprovechar esta oportunidad, siento que es la última... como usted dice, ya estoy bastante grande. Además sería egoísta de mi parte pensar sólo en mi comodidad.

—¿Quién va a atender mis campos?

—Tiene gente de mucha confianza y muy capaz. Yo le puedo indicar cuál es el mejor capataz, para que se haga cargo del trabajo en las tierras y sabe bien que Romerito tiene bastante rienda: el tema es que se la debe soltar.

—Es cierto, Romerito puede jugar un papel mucho más importante que el de mero contador.

—Y yo puedo aprovechar la información y los contactos que voy a manejar. Le aseguro que no voy a estar lejos de los problemas del campo y que allí le voy a ser más útil que en este puesto. ¿Qué me dice?

Javier menea la cabeza y luego se levanta para abrazarlo.

—Meta, pero antes de dedicarte de lleno a la política me vas a recuperar unas tierras que para mí son preciosas.

Así Yana se convirtió en candidato a Representante en la Cámara. Tiñó un poco sus años, se arregló la dentadura, se compró varios trajes, que casi no utilizó; anduvo por actos y programas de televisión junto al Tata y al mismísimo Hombre Patillas. Para completarla dejó a su esposa, sin abandonarla con sus hijos, ya que mes a mes le empezó a pasar una buena cantidad de dinero, para juntarse con esa mujer mucho más joven que él, de carnes firmes y risa permanente, que le daba fuerza para encarar todo lo que tenía por hacer. Era amiga íntima de la esposa de Javier, lo que encerraba todo en un sólo círculo. Con ellos pasaba gran parte de sus horas no ocupadas en el trabajo, pero por supuesto que su mayor tiempo lo dedicaba a visitar a la gente de los barrios y a la peonada del campo. El resultado de los votos fue contundente y el día de la asunción al jurar por la memoria de Venancio Flores, se le escapó una lágrima.

Esos primeros años se dejó llevar por el entusiasmo que transmitía la radio del Gringo y sólo las conversaciones con su amigo Arturo, al que ahora veía cada vez que iba a la ciudad, lo ponía en el terreno de las dudas. Claro que esto era como una distracción, un ínfimo momento de preocupaciones que al volver a la tierra se esfumaban. Este hijo de puta quiere vender todo. Y qué quieres si todo es un desastre: los trenes andan mal, los teléfonos no funcionan. ¿Cuánto hace que no tomas un tren?, ¿tienes teléfono? Entonces cómo sabes que los trenes andan mal y los teléfonos no funcionan. Lo escucho en la radio. Es lo que quieren que escuches para que estés de acuerdo con la mierda que hacen y así dejarlos que hagan sus negocios, mientras un montón de gente se queda sin trabajo. Pero parece que la mayoría está de acuerdo. Sí, pero la vamos a pagar caro. Y cuando nos demos cuenta será demasiado tarde.

Y Ashua empezó a darse cuenta tiempo después, pero no porque su amigo Arturo se lo dijera. La soja de a poco se transformó en la vedette del campo y con ella de estrella empezó el desmonte y a correr los rumores de desalojos junto con la caída estrepitosa del algodón. Al principio llegaban a sus oídos casos lejanos y poco creíbles para él, pero poco a poco esa realidad se le presentó más cercana y, por lo tanto más peligrosa. “Tienen que organizarse”, le decía Santiago, lo mismo que le había dicho Sixto Quezada, y él se quedaba mudo al escuchar a su hijo hablar de política con tanta vehemencia y oírle decir palabras que no entendía y que no quería preguntar por vergüenza. Hay campesinos que se juntan para defender las tierras donde trabajan y viven. ¿Y qué hacen? La cosa empezó hace un año en Río Seco donde más de mil quinientos campesinos se movilizaron contra los desalojos, a partir de allí se empezaron a organizar, se reúnen, hablan, se pasan información, quedan en la forma de avisarse si van a desalojar a alguien para que todos actúen. Yo no conozco a nadie que haga eso. Porque por ahora no son muchos, pero como se viene la cosa pronto van a ser miles de familias. ¿Te parece, chango? Sí. ¿Y cómo sabes? Porque en la Facu hay estudiantes y profesores que están en contacto con ellos. ¿Y qué saben del campo si viven en la ciudad? No hace falta vivir en el campo para darse cuenta lo que pasa con las tierras y además no te olvides que en la Facultad estudiamos para trabajar en el campo. ¡Ah!, claro. Pero hay otra gente que trabaja con ellos aunque no estudien cosas del campo, por ejemplo hay chicos que ayudan a hacer programas de radio. ¿Programas de radio? Sí, y a lo mejor pronto en la radio del Gringo los puedes escuchar.

Pero más allá de las opiniones de Arturo y de Santiago, era la realidad que empezaba a sentir en su piel la que lo persuadió a no volver a votar al defraudador mayor ni al Tata, el monarca, que se volvía a presentar. Prácticamente echó a los que recorrían los campos para ofrecer comida, chapas y hasta tractores a precios regalados, a cambio del voto de toda la familia, pero hasta

allí llegaba su conciencia política.

Votó a otra promesa y se equivocó, como también se equivocó al no escuchar a su hijo cuando le decía que debían organizarse para defender sus tierras. Se equivocó al desconfiar y no querer participar en esa marcha que se iba a realizar donde todos irían con cencerros para hacer escuchar mejor sus reclamos en la ciudad.





La Plaga Verde avanza. Es un cerco que rodea un agujero; como una sogá que poco a poco achica su lazo, aprieta, ahorca. Visto desde el cielo parece un manto verde que se cierne sobre un hueco gris desde donde pide auxilio la tierra. El cerco se extiende por todos los costados, día a día, hora a hora: ciñe; ahoga. La plaga avanza implacable con sus lenguas que se filtran por todos los rincones. Un día apareció en el fondo de los cultivos de Don Esteban, otro se arrimó a la ruta. Una madrugada la vieron avanzar sobre los plantíos de Don Ramón.

Es hora de reunirse.

—Viene por todos lados.

—Come las plantaciones.

—Seca la tierra.

—Corre a la gente.

—Ni Sachayoj la para

—Tenemos que frenarla nosotros.

Así salen con palas y azadas a hacer zanjas para tratar de detener el avance de la plaga. Trabajan sin hablar y sin descanso, sólo cada tanto miran hacia el cielo para ver pasar esas avionetas que echan humo.

—Le dan de comer a ella—comenta alguien

—Has visto... Y nos envenenan a nosotros —dice Ashua, mientras se seca el sudor con la gorra.

Él había viajado, visto y escuchado, como lo que tiraban esos avioncitos alimentaba a la plaga, pero mataba a todo lo que la rodeaba: reseca plantas, árboles, corría a otras plagas y enfermaba a humanos y a animales. Le contaron que en un lugar no tan lejano había gente que cagaba y vomitaba sangre y le crecían bolas en distintas partes del cuerpo y que las mujeres abortaban.

Era una plaga infinitamente más dañina que la langosta y no se sabía cómo enfrentarla. No había líquidos, ni herramientas para detenerla. Era una plaga creada por los humanos y allí había que atacar, ¿pero cómo?

El sonido del motor se escucha a lo lejos y por eso nadie levanta la cabeza; por eso y porque no quieren sentir el castigo del sol sobre sus ojos. Sol que calienta la tierra a mil grados, que cocina los sesos de la cabeza, ¿cómo es posible que no derrita a ese avioncito? Los que trabajan con el tractor no lo pueden oír, lo que desmalezan la tierra o esparcen las semillas, o dan de comer a gallinas y chanchos, perciben que el ruido se acerca. Miran al cielo, con las palmas de sus manos apoyadas sobre sus frentes para que el sol no les lastime la vista, se secan con un trapo la transpiración, suspiran. Ven el punto amarillo que se mueve, se agranda y toma una forma irregular. Vuelven a su trabajo, pero un instante después levantan sus cabezas para notar que el punto tiene alas y cierran los ojos ante el fuego blanco que lanzan sus vidrios calentados al sol. Desciende, con una bajada prolongada se acerca al piso y escupe un chorro de humo. Detienen los caballos, se apoyan sobre la azada y las palas, dejan de tirarles comida a los chanchos y gallinas y se detiene el tractor; vuelven a pasarse el trapo sobre sus frentes, se soplan por debajo de sus camisas. Elevan sus cabezas y ven dos pequeños puntos en el interior de la máquina que ahora se aleja y vuelve a tomar altura. Suspiran y vuelven a la azada, a la pala, a arriar los caballos, a arrancar el tractor y a tirarles comida a los animales.